

11076
Mirar el
apellido ALZÁA
origen
etc...

Don Joaquín Julián de Alzáa

La figura de Joaquín Julián de Alzáa es digna de que la tomara Goethe por su cuenta. Porque es seguro que, de conocerla, hubiera inquietado su pluma. Y, aunque la moda literaria vaya hacia un romanticismo de nuevo cuño, ello no impide que yo lamente que se me ponga ahora enfrente este personaje, porque la verdad es que yo, poco devoto de Chateaubriand y de Lamartine, no sabré qué hace de él.

Por lo demás, ustedes saben, tan bien o mejor que yo, que Alzáa fué catedrático de la Universidad de Oñate; que fué un urista de bastante nota; y que, un buen día, dió un soberano puntapié a las pandectas y empuñó el sable en las filas de don Carlos María Isidro de Borbón.

Saben ustedes también que fué hombre bragado y que en la batalla de Oriamendi le tocó hostilizar a las tropas de Lacy Evans desde la faldería del monte de Santa Bárbara. ¡Qué cosas no haría el mozo, que salió de aquella con el bastón de Mariscal!

Por de contado que no ignoran tampoco que, cuando el Conde de Montemolín se decidió a su loca aventura, Alzáa, que fué uno de los que más se opusieron a la insensata intentona, se lanzó uno de los primeros al campo, para que no se viniera a decir que su oposición estaba dictada por la falta de arrestos. Y tienen ustedes así

mismo presente que, caído en tierras de Zaldibia bajo las garrras —este sustantivo se emplea aquí con toda propiedad— de su antiguo conmilítón Urbistondo, éste le hizo fusilar, a lo que el sujeto pasivo hubo de acceder, no sin dibujar un arrogante gesto y legar a la posteridad un «bel morire».



D. Joaquín Julián de Alzáa

Todo eso, que saben ustedes, acredita a Alzáa de figura limpiamente romántica, digna de la simpatía de todos, llámense carlistas o liberales. Hasta aquí todo es sabido y resabido. Pero ya se darán ustedes cuenta de que no había por qué resucitar esos hechos, como no hubiese escondida alguna cosa en sus entresijos.

Y la había —¡vaya si la había!—; como que esa «cosa» es algo que tiene relación muy es-

trecha con las más puras esencias donostiarras. Porque el caso es que los donostiarras tenemos contraída con Alzáa una deuda que no hemos sabido saldar. Le debemos nada menos que la vida de nuestra ciudad.

Los biógrafos de Alzáa nada nos habían dicho de eso. Y claro está que tampoco aparece nada de ello en las historias generales. Sin embargo, la noticia procede de una fuente purísima. Nos la dió don Juan Carlos de Guerra, uno de los historiadores más objetivos que me he echado a la cara y con quien también tenemos contraída sus paisanos otra deuda de gratitud.

Según dicho señor, conocedor como pocos de la historia de Oñate y hasta ligado con lejanos lazos de parentesco con Alzáa, éste pidió el relevo cuando quien podía hacerlo le ordenó el bombardeo de Donostia después de la victoria de Oriamendi.

Gesto cordial y elegante. No siempre se sienten los guipuzcoanos tan generosos con la capital de su provincia. Pero Alzáa supo darles un claro ejemplo.

¡Qué nombre de calle se ha perdido San Sebastián!

FAUSTO AROCENA